

M. Pernaut \*

## Tipos de inflación

*Exposición clara y precisa de las diferentes clases de tipo coyuntural y estructurales de inflación de los precios; tan peligrosa tanto en los países económicamente adelantados como en aquellos que todavía se encuentran en vías del desarrollo.*

EN el artículo anterior, desentrañada la noción de la moneda, nos afanamos por definir con precisión el concepto de inflación.

Sin embargo, el concepto así esbozado es un *concepto genérico*, una abstracción de las varias especies de inflación conocidas en la realidad.

Para penetrar más íntimamente en el conocimiento del fenómeno, conviene proponer los *diversos tipos* de inflación.

La clasificación más aceptable parece ser la que distingue las inflaciones, según el marco estructural o coyuntural en que se han desarrollado, según las causas de corto o largo alcance que las han producido.

Introducimos esta denominación, precisamente porque queremos recalcar las diferencias que median entre los *procesos de inflación surgidos en los países desarrollados*, que gozan de una adecuada estructuración de sus economías, y los *fenómenos de inflación experimentados por los países en vías de desarrollo*, en los que resistencias y viscosidades de índole estructural vienen a agravar las causas coyunturales de inflación.

### 1. INFLACIONES EN MARCO COYUNTURAL

Como acabamos de advertir, el estudio de estos modelos de inflación se limita al campo de los países más avanzados.

Todavía, en un afán de precisión y completa descripción, podríamos distinguir para estos países desarrollados las inflaciones debidas a *causas*

---

\* Decano de la Facultad de Economía de la Universidad Católica «Andrés Bello» de Caracas.

*estrictamente anormales*, de las inflaciones causadas en condiciones de relativa normalidad económica.

a) *Inflación de Guerra.*

Históricamente, en efecto, una de las causas mayores de inflación han sido, en estos países, los cuantiosos gastos de guerra a que hubieron de enfrentarse los Gobiernos.

En los momentos de conflicto bélico, es natural se desequilibren los dos platillos de la balanza. Por una parte, cede el esfuerzo directamente productivo, al desarticularse los mecanismos de la producción, disminuir la población activa, concentrarse gran parte del esfuerzo en la producción de municiones y armamento, que, desde el punto de vista del mercado, no pesará en el platillo de los bienes y servicios. Por otra parte, las necesidades bélicas imponen al Fisco cuantiosas erogaciones; no pudiendo siempre recurrir ni a la agravación de los impuestos interiores, ni, en el volumen suficiente o deseado, a los empréstitos exteriores, tiene que acogerse al más sencillo y barato procedimiento de la creación de moneda. Apoyando la operación en una regulación de precios interiores y en el necesario racionamiento causado por la escasez, se pueden canalizar hacia las arcas del Erario los «forzados ahorros» de la colectividad.

b) *La Inflación en el curso de la coyuntura.*

Todos sabemos que, bajo el automatismo del patrón-oro, la emisión quedaba regulada de manera estricta. Pues en caso de emisiones excesivas, la salida de oro hacia el exterior era la consecuencia inmediata de la subida de precios interiores. Fuga de oro, que obligaba a contraer la circulación, aun a trueque de provocar una contracción en la actividad económica y causar el paro. Es decir, que el precio de la estabilidad monetaria se pagaba con la posible depresión económica.

Ese dilema es el que pretendió solucionar la teoría keynesiana: ¿Cómo conseguir el pleno empleo sin forzar la inflación?

De ahí que en este sentido —*para estos países desarrollados*— sea adecuado el esquema keynesiano para el estudio de los fenómenos de inflación.

Esquema cuya retícula nos la proporciona el propio Keynes en formulación sumamente concisa: *Mientras haya desocupación, el empleo cambiará proporcionalmente con la cantidad de moneda; y cuando se llegue a la ocupación plena, los precios variarán en la misma proporción de la cantidad de dinero* («Teoría General», pág. 284).

O sea, que mirando la cosa a través del prisma keynesiano, podremos distinguir tres momentos en el proceso de la inflación.

α) El de la *sana expansión monetaria*, que, provocada reflejamente en momento de depresión económica, incidirá en la recuperación y se traducirá en un incremento del volumen de empleo. *En este caso, más casi que de inflación propiamente dicha, habría que hablar de sana expansión monetaria,*

pues se trata de medidas estudiadas y reflejas, adoptadas para reanimar la economía, que se halla en estado de depresión, de deficiencia de la demanda y, por consiguiente, de paro forzoso.

Aunque el Gobierno no tenga dinero, pues el marasmo económico que frenó la actividad le privó del beneficio de varios impuestos, puede «empañarse» en una política de obras públicas, aun provocando un déficit presupuestario, solicitando créditos internos o externos. Es la práctica, consagrada en la teoría keynesiana, del *déficit-spending*, que implica un gastar lo que todavía no se tiene.

β) *La tensión coyuntural.*

La primera subida de precios, la que determina el salto de la fase de recuperación a la de prosperidad, no es todavía propiamente de naturaleza inflacionista. Puede ser simplemente la chispa que encienda el entusiasmo empresarial, al aclarar el horizonte del beneficio y propiciar expectativas favorables.

Pero, de hecho, se ha observado que el proceso acaba desembocando en una espiral inflacionista. ¿Por qué causas?

Lógicamente, de acuerdo a nuestra fundamental concepción del fenómeno inflatorio, *deberemos buscar la explicación por el doble lado: de la demanda y de la oferta.*

*Del lado de la demanda*, una serie de circunstancias tienden a fomentarla desmedidamente: la propia impulsión de los gastos fiscales, que pueden continuar acelerando el proceso; la expansión crediticia bancaria, urgida por las exigencias de crédito empresariales —nadie quiere quedarse a la zaga cuando soplan los vientos favorables de la coyuntura—; el mismo aumento de la renta disponible, consiguiente a la recuperación económica; la remisión en la preferencia por la liquidez ante los estímulos del mercado de capitales. Esta serie de causas todavía podrían denominarse normales dentro de un clima de tensión coyuntural. Pero es lo malo que a ellas suelen asociarse impulsos nocivos de mayor anormalidad. Cuales son: las ansias empresariales de compra de bienes de producción, anticipativas en el tiempo y especulativas en la cantidad; la incitación exagerada a la compra de bienes de consumo, apoyada en los mecanismos de la venta a crédito.

Al auge ya desmesurado de la demanda interna puede muy bien asociarse el cúmulo de la demanda externa, que incidirá sobre el alza de precios doblemente: de una manera directa al competir con la demanda interna; de un modo indirecto, al revertir el producto de las exportaciones en forma de incrementos accesorios de renta al país.

Todos estos estímulos aceleran el movimiento inflacionista del lado de la demanda.

Pero quedan al mismo tiempo reforzados por las inercias sentidas del *lado de la oferta.*

El propio Keynes subrayó la influencia que al respecto ejerce la existencia de los *atascos de producción*; cuando las necesidades de la industria chocan

con límites naturales en la menor elasticidad de la oferta de materias primas; cuando el empleo de factores, humano y de capital, resulta ser cada vez menos homogéneo, a medida que se dilata el volumen de ocupación, y por dar cabida a elementos menos capaces o a unidades aviejadas, decaen los rendimientos y productividad y, por lo mismo, crecen los costes.

Dada esta constelación de fuerzas dispares, surge el fenómeno inflatorio. El coche de la economía es arrastrado por el tiro de dos caballos: la demanda quiere galopar, el de la oferta apenas si puede marcar el trote. De ahí los tirones, los golpes, sacudidas y conmociones.

γ) *La espiral inflacionista.*

En estas circunstancias, el proceso puede degenerar en la espiral de precios y salarios. Pues el alza generalizada de precios repercutió sobre los costos, a través de las reivindicaciones salariales de los sindicatos, a través de las primas suplementarias de sobre-tiempos de trabajo, por causa de los gastos de búsqueda y contratación de nuevos obreros, por la escasez en el mercado de capitales, por el encarecimiento en el precio de las materias primas, etc.

En este enfoque keynesiano de la inflación quedan bien enmarcados los dos tipos de inflación, denominados:

*Inflación de gastos, o de exceso de la demanda.*

*Inflación de costos, o de inercias en las condiciones de la oferta.*

c) *La Inflación Administrativa.*

Y sobre esa base se puede todavía edificar la construcción del modelo de inflación, debida más propiamente a causas de índole político-administrativa. *La inflación desencadenada por desgobierno administrativo, mala gestión fiscal o preocupaciones demagógicas de eficacia electoral.*

En los tiempos modernos, y en muy varios países, aquí ha radicado una de las causas más eficaces de inflación. En circunstancias que deberían ser normales, el excesivo gasto gubernamental ha conducido derechamente a la inflación. *Más que de gasto, convendría hablar de despilfarro o mala administración*, aunque las erogaciones se encubran bajo capa de preocupaciones de seguridad social, fomento educativo o de falso prestigio nacional.

Por más que los economistas proclamaran que los Bancos Centrales debían operar como Cajeros, no Banqueros de los Estados, lo cierto es que cada día fueron mayores los créditos que los Gobiernos de ellos recabaron.

Los ministros de Hacienda se encontraron siempre escasos de recursos para atender a las múltiples demandas, y se mostraron harto débiles frente a la voracidad de los demás Departamentos Ministeriales. Resulta difícil hacer economías con el dinero de todos y no querer dejar amplia huella de su paso por los Ministerios. De los Presupuestos ordinarios, balanceados, se pasó a los extraordinarios, programados con déficit; se recurrió a los empréstitos, hasta desembocar en el desequilibrio financiero y en la reiterada emisión de moneda.

## 2. INFLACIONES POR CAUSAS DE ÍNDOLE ESTRUCTURAL

Vamos a referirnos más especialmente, en el presente apartado, a aquellas *inflaciones propias de los países subdesarrollados*; a aquellas causadas precisamente por las peculiares condiciones en que se desenvuelven los comienzos o primeras etapas del proceso de desarrollo.

No se niega que en los países menos desarrollados puedan desencadenarse inflaciones de tipo coyuntural, cuales las descritas en el apartado anterior. Muy al contrario, se concede fácilmente que en estos países, con mayor razón que en los más desarrollados, las fases ascendentes de la coyuntura provoquen fenómenos de inflación, y aun de espiral inflatoria incoercible, de inflación de gastos y demanda, tanto como de inflación de costos.

Luego, si se reconocen gustosamente estos extremos, lo que se pretende recalcar es la *originalidad que presentan los fenómenos de inflación sufridos por los países subdesarrollados, precisamente en los momentos de depresión cíclica, y ello debido a causas de índole estructural o al propio proceso de desarrollo.*

\* \* \*

El problema se puede plantear de la siguiente manera:

Es precisamente la severidad con que repercuten las crisis cíclicas de los países desarrollados en las economías periféricas —de estructura precapitalista y generalmente monoprodutora— la que parece plantearles un apremiante *dilema entre el desarrollo económico y la estabilidad monetaria.*

Para romper los férreos aros de ese dilema es necesario analizar las causas de índole estructural que parecen conformarlo. Una vez descubiertas se verá, en consecuencia, que si se quiere evitar «esta» inflación no sólo habrá que recurrir a arbitrios de índole monetaria, sino además a transformaciones de carácter estructural. Ya que, según estos puntos de vista, la incontinencia monetaria, es decir, las variaciones en el volumen de signos monetarios, provocadoras del desequilibrio inflacionista, son en estos países expresión de *fuerzas reales* activas en su seno.

Quizás convenga catalogarlas también según incidan en la *tensión de la demanda* o en la *remisión de la oferta*, acentuada su acción por el *proceso mismo de desarrollo.*

\* \* \*

*Del lado de la demanda.*—Se pueden señalar dos causas mayores determinantes de la presión inflacionista: la *expansión demográfica* y la *mala distribución de los ingresos.*

*La dilatación del volumen de población en los países subdesarrollados es amplia, aun por puro crecimiento vegetativo. En los primeros estadios del desarrollo resulta fácil —por adopción de métodos conocidos en los países avanzados— el ganar la batalla de la sanidad. A la vez que mediante los servicios de maternidad y puericultura se reduce la mortalidad infantil, se alarga por el otro extremo la esperanza media de vida. La eliminación de ciertas enfermedades, antes endémicas, se refleja en aumento de la propia fertilidad natural, como ha sido el caso en Venezuela con la erradicación del paludismo.*

A este respecto, el crecimiento demográfico, v. gr., de la América Latina está siendo verdaderamente acelerado; conoce un ritmo, promedio, del 2,6 por 100 anual.

Ese mismo crecimiento lleva aparejadas transformaciones en *la composición de la población*, tanto en la clasificación por edades como en la división en capas rurales y urbanas.

Un país en proceso de desarrollo se caracteriza por la dilatada base de la pirámide de su población, es decir, por la *extrema juventud de sus componentes*.

A su vez, el proceso de desarrollo desencadena las corrientes de migración interna del campo a la ciudad.

Esta serie de fenómenos demográficos, como resulta fácil comprender, ejerce presiones inflacionistas, en cuanto *estimulan y aceleran más fácilmente la fuerza de la demanda que la de la oferta*.

El simple aumento de población multiplica *cuantitativamente* las necesidades de viviendas, escuelas, hospitales, vestido, alimentación, etc.

La migración del campo a la ciudad tiende a modificar *cualitativamente* —pero siempre intensificando la demanda— esas mismas necesidades, pues los gustos de la gente ciudadana son más refinados.

La composición relativa de los grupos de edades hace que la mayor parte de la población sea más *bien consumidora que productora*, intensificando más la demanda que la oferta.

*La mala distribución de las fortunas e ingresos*, es otra de las características estructurales de los países subdesarrollados.

A una con la concentración de fortunas e ingresos va la *acumulación del circulante en manos de muy pocos*, las clases adineradas. Lo que, al mismo tiempo que les permite adoptar un tren de vida exagerado, les hace sumamente fácil la aceptación de *subidos precios*.

Por parte de las clases menesterosas, lo reducido de sus ingresos, *las desorbita prácticamente del circuito económico*. Hecho éste que estrecha singularmente los márgenes del mercado nacional. Entonces los productores y vendedores recurren al arbitrio de compensar lo reducido de las ventas con la *elevación de los precios*.

\* \* \*

*Del lado de la oferta.*—En cuanto crean inercias y resistencias que dificultan su fluidez, se pueden señalar: *los desajustes en los sectores productivos y el desfase en la capacitación profesional.*

Una de las características —de hecho, más constantes— en las economías subdesarrolladas es su *conformación dual o neta división en dos sectores*: uno, sometido directa o indirectamente al capital extranjero; en general, el más peculiar del país y que conoce, por lo mismo, altos módulos de productividad; y otro, de economía tradicional, rezagado en el desarrollo. La interacción entre ambos sectores no siempre se opera en el buen sentido, sino, a veces, imponiendo el primero al segundo un alto nivel de costos, que se anticipa a las mejoras en la productividad de este sector y, por lo mismo, *incide directamente en la elevación de precios.* El caso de la difusión paulatina, en aros concéntricos, del alto nivel de salarios consentido por la elevada productividad, v. gr., de la industria petrolera venezolana y que ha abrumado al resto de las industrias, es una buena prueba del aserto.

*La deficiente capacitación* de la población es un nuevo y poderoso freno que obstaculiza las corrientes de la oferta. Deficiencia observable en el *triple plano: de la educación general, de la formación profesional y de la idoneidad administrativa.* Esta sola causa explica por qué países enormemente ricos en cuanto a recursos naturales tienen todavía tan poco que ofrecer en los mercados nacionales y mundiales.

Queremos llamar la atención sobre el hecho de que este mal no siempre se remedia con las aportaciones de capital exterior, sino que con frecuencia se agrava. Porque se produce un desfase entre el avance en la mecanización y el retraso educativo; es mayor la dotación de equipos y maquinaria que la capacidad de uso racional y exhaustivo de los mismos. Lo cual equivale al mantenimiento de capacidad de producción ociosa, y en su misma medida encarece el costo de las inversiones.

\* \* \*

La acción de las varias causas apuntadas queda reforzada por las secuelas, casi-inevitables, del *propio proceso de desarrollo.*

Estas secuelas son: *las complicaciones de la sustitución de importaciones y los posibles movimientos regresivos en la distribución de los ingresos.*

Los países subdesarrollados, por lo general, conocen situaciones de monoproducción minera o de cultivos especializados. De ahí que las primeras etapas del desarrollo deban cubrirse por las vías de la diversificación de sus economías, de la creación de nuevas bases industriales, que al sustituir las importaciones por la producción nacional, los haga más independientes de los vaivenes de la coyuntura exterior y de los precios variables de su principal producto de exportación.

Pues bien, la historia reciente prueba que no es tarea fácil el dirigir la

sustitución de importaciones. Por aquella falta de idoneidad administrativa, por las improvisaciones y bandazos a que está sujeta, por la desmesurada amplitud con que debería ser o, al menos, ha sido emprendida. Piénsese, por ejemplo, en los problemas confrontados por la Argentina, cuando quiso iniciar una agresiva política de sustitución de importaciones.

Por otro lado, los planes de industrialización nacional no pueden ser llevados a cabo sin la protección de elevadas barreras aduaneras. Las empresas nacionales conocen costos proporcionalmente más elevados y no pueden competir ni en calidad ni en precios con las extranjeras.

Por todo ello se ve que *el costo de la sustitución es alto*, y su precio debe pagarlo la nación, o por lo menos sus más amplias capas populares.

Con ello se origina la segunda consecuencia de los *movimientos regresivos en la distribución de los ingresos*.

La sustitución de importaciones se ha operado normalmente en el sector de las industrias fabricantes de bienes de consumo y no tan duradero. La elevación de precios recae principalmente sobre las clases populares.

En algunos países ha sido concebida *la política de tendencia inflacionista como estratagema de fomento del ahorro e inversión*. La fácil ganancia y abultado ingreso que un clima de inflación permite a la clase de los nuevos industriales genera, a través de los *mecanismos de la autofinanciación* y proliferación de factorías, un aumento en la capacidad de ahorro e inversión.

Sin embargo, ese proceso hace recaer todo el peso sobre las clases inferiores. Y creemos que la condición indispensable para que pueda prevalecer de una verosimilitud de éxito, estriba en la circunstancia de que se dé anticipativamente una *mayor estratificación social, de que exista previamente una amplia capa de clases medias* sobre las que cargar el costo de la industrialización nacional.

Y aparte de la injusticia implícita en el arbitrio, *esa condición no se cumple en Latinoamérica* ni, en general, en los países subdesarrollados. La población está dividida en dos campos extremos contrapuestos: *unos pocos, excesivamente ricos; otros muchos, sobradamente pobres*.

*Ni unos ni otros pueden satisfacer las necesidades del ahorro nacional.*

*Los pobres*, porque lo bajo de los ingresos que perciben los sitúan en zonas de propensión marginal al ahorro nula y aun negativa.

*Los ricos*, porque favorecidos demasiado fácilmente en bienes de fortuna, y acrecentados sin la debida proporción con el mérito y esfuerzo, sus ingresos, son presa del «efecto de demostración»; se sienten estimulados a la importación de modos sociales de vida y esparcimiento, al consumo suntuario y ostentoso, de muy costosa financiación.

Se comprende, pues, que, dada esta constelación de circunstancias adversas, el proceso global de desarrollo, y en particular la política de sustitución de importaciones, sufra en los momentos de depresión coyuntural fuertes reveses.

Al volverse en contra la razón de los términos de intercambio, *el proceso de desarrollo emprendido quedaría estrangulado*. Es fácil entonces caer en la tentación de aliviar el sofoco mediante la expansión del crédito interno y la reiterada inyección monetaria.

Asimismo, los movimientos regresivos en la distribución de los ingresos provocan reacciones en la base de la población. Reacción aprovechada y amplificada por los Partidos Políticos de inspiración popular y tendencia socializante. Es más inminente y grave todavía el peligro de querer satisfacer justas reivindicaciones por las vías de la facilidad monetaria.

Estas son, someramente insinuadas y comentadas, las modalidades que la inflación ha revestido en los países subdesarrollados, más concretamente, en las naciones latinoamericanas.

Creemos que con esas consideraciones queda ampliamente ensanchado el horizonte visual de la Inflación.